

para qué sería la república cubana —cuáles serían sus tareas— y, en consecuencia, a qué sectores debería beneficiar el fin del colonialismo hispano. De ahí se desprende, pues, su rechazo al plan Gómez-Maceo tres años después —ya que dirigido exclusivamente por militares, con métodos de orden y mando, y con objetivos limitados al éxito de la empresa bélica, de su seno podría surgir una nueva oligarquía dominadora, como apunta en su conocida carta a Gómez de octubre de 1884—,¹⁰⁶ y su paciente y cuidadosa labor que culminaría con la fundación del Partido Revolucionario Cubano en 1892, ya con la comprensión de que la independencia cubana debería cerrar el camino al expansionismo imperialismo norteamericano.

Los elementos estudiados muestran, indudablemente, que la estancia en la cuna de la libertad latinoamericana, a la vera del padre Bolívar, profundizó el espíritu patriótico y latinoamericanista del revolucionario cubano. Así, es comprensible que a fines de 1881 escribiera, al referirse a Venezuela: "pero allí donde puse mis esperanzas, y las perdí, allí dejé lo más caro de mi vida."¹⁰⁷ Y sus esperanzas, su obra fundadora, implican ya por entonces, a todas luces, la realización de transformaciones sociales y económicas hacia dos líneas principales: la superación del atraso económico y la eliminación de las abismales desigualdades sociales, problemas no resueltos por la reforma liberal guzmancista. Por tanto, cabe afirmar que desde entonces se aclarara en la elaboración de su proyecto revolucionario que este ha de desbordar los marcos del liberalismo.¹⁰⁸

Para decirlo con palabras de hoy: con la estancia en Caracas, Martí encaró la necesidad para la América Latina de alcanzar un desarrollo propio, nacional, independiente y equilibrado en términos sociales. Desde entonces, su pensamiento enrumbo en firme hacia la comprensión de que habrían de romperse los vínculos de dominación y dependencia con los países de alto desarrollo industrial capitalista, en un proceso que daría hermoso y rico fruto unos años más adelante, cuando diseñara su proyecto de la república nueva que, desde Cuba, sería el ejemplo y modelo a seguir por Latinoamérica.

Y quizás por ese significado indudable de maduración para su pensamiento, sólo guardó recuerdos de las ternuras venezolanas.

Noviembre de 1987

106 J.M.: Carta al general Máximo Gómez, de 20 de octubre de 1884, O.C., t. 1, p. 177-180.

107 J.M.: Carta a Diego Jugo Ramírez, de 9 de diciembre de 1881, O.C., t. 7, p. 268.

108 Otros aspectos de la significación de Venezuela para Martí, escapan a mi propósito en esta ocasión, pero no puede dejar de apuntarse su uso de vocablos del país (Rosemblat: "Los venezolanismos de Martí") y su incorporación de leyendas y mitos aborígenes venezolanos a su mundo referencial, como ilumina Cintio Vitier ("Una fuente venezolana de José Martí") en *Ternuras martinianas. Segunda serie*, La Habana, Centro de Estudios Marianos y Editorial Letras Cubanas, 1982, p. 105-142) en valioso estudio demostrativo de que fueron los escritos de Aristides Rojas la fuente martiniana para el conocimiento de la idea del Gran Semí.

JOSÉ MARTÍ Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA*

Paul Estrade

En esta ponencia nos limitamos al estudio de la visión martiniana de "los días del trueno y del rayo", dejando de lado cuánto se pueda referir al parentesco entre el ideario de los actores de esta Revolución y el ideario del precursor de la Revolución Cubana. Sorprendentemente, la crítica martiniana pasada, por francófila que haya sido a veces, sólo escasamente exploró el tema.¹ La crítica martiniana contemporánea no lo ha abordado sino de paso, si bien es justo señalar que ha sido mediante oportunos y felices atisbos.²

El empuje libertador de la Revolución Francesa, entró penosa, parcial y tardíamente en la gran Antilla española. Realidad esa bien conocida, y que aquí acaban de recordar e ilustrar, después de Alain Yacou, mis jóvenes amigos del grupo de Historia de las Antillas hispánicas. Las medidas represivo-profilácticas, la rebelión de los esclavos del Santo Domingo francés, la integración al "bloqueo de poder" del sector criollo de los terratenientes y comerciantes ricos, las reformas "ilustradas" de los gobiernos coloniales, son los factores que más influyeron para que no surgiera entre los criollos blancos y mulatos el afán por descubrir, ensalzar o imitar la Revolución Francesa, afán que sí existió en algunas ciudades y tierras del Continente. Además la "Revolución de los franceses" vino a significar pronto en las islas la abolición inmediata de la esclavitud:

* Ponencia presentada en el coloquio *La Revolución Francesa en Cuba y sus repercusiones ulteriores en la historia, el pensamiento y las letras nacionales* que con motivo del bicentenario de la Revolución Francesa auspició la Universidad de La Habana, y tuvo lugar en su sede, durante los días 20, 21 y 22 de febrero de 1989. (N. de la R.)

1 Entre las salvedades, mencionaremos el artículo de Iejano de Prisciliano Durana: "Vergniaud y Martí". *El País*, La Habana, 1º de junio de 1933, p. 2, que nos proporcionó nuestra benévola colega Florencia Peñate. Pero francamente sólo merece ser recordada su mera existencia, porque la declaración, la ociedad y la fobia anti-montañesa son tales en esas páginas que el simi entre los dos políticos, nada fundamentado, resulta forzado.

2 Aludimos muy en especial a los párrafos dedicados al asunto, tanto por Luis Toledo Sando como por Roberto Fernández Retamar. Sendos párrafos pueden leerse en el estudio de este último: "Más (o menos) sobre José Martí y Francia", en *Cuba et la France-Cuba y Francia*, Presses Universitaires de Bordeaux, 1983, p. 25-26; y también, el del primero, en su libro *Ideología y práctica en José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Marianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1982, p. 268-269.

era la revolución social de los negros, no la revolución de independencia de la nación criolla.

El empuje libertador de la Revolución Francesa entró, sin embargo, de polizón por los puertos, con ciertos emigrados de Saint Domingue, Santo Domingo y Luisiana, y a veces a pesar de ellos; con los marineros, los corsarios, los negociantes; con la organización de una red de logias masónicas vinculadas intencionalmente con el Gran Oriente de Francia, relacionadas las de Santiago de Cuba con las de Marsella y las de La Habana con las de Le Havre, según las rutas del comercio transoceánico.³ Entró también, depurada y adulterada, durante el "trienio liberal" con algunos liberales españoles, y es cuando se publicó, a imitación del diario madrileño, el *Robespierre Habanero*,⁴ después de la Revolución Francesa de 1830, con algunos hacendados criollos seducidos por la monarquía constitucional del "rey burgués"; después de la Revolución Francesa de 1848, con algunos jóvenes republicanos criados a orillas del Sena; en el decenio de los 60, con algunos reformistas cubanos culturalmente "afrancesados".

Pero, donde realmente irrumpieron en Cuba las ideas de la Revolución Francesa de 1789, fue en las filas de los revolucionarios de Yara y Guáimaro.⁵

Algunos símbolos usados en el período revolucionario renacen en los campos de Cuba libre y en la emigración patriótica. Tomemos unos ejemplos. Al penetrar en Bayamo, la abanderada mambisa lucía "un vestido de amazona, blanco, un gorro frigio punzó, una banda tricolor".⁶ Al dirigirse la palabra, los diputados de la Cámara se llamaban entre sí "ciudadanos". Al derrumbarse el Segundo Imperio en Francia, en 1870, y al brotar de nuevo la República, escribió Carlos Manuel de Céspedes al Gobierno Provisional: "¿Quién no ve en los dos luminares que han vuelto a aparecer en el hermoso cielo de la Francia -92- y el -48- la infalible señal del triunfo de la libertad y un feliz mensajero de las legítimas esperanzas de todos los pueblos que luchan contra la Tiranía?"⁷ Al capitular entre los

últimos en mayo de 1878, el general Guillermo Moncada expuso que la lucha sostenida durante diez años fue "para afianzar en nuestra Patria los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad".⁸

Atestiguado por mil documentos más, subrayado cien veces, el hecho, cierto, de la influencia de la Revolución Francesa en la Guerra de los Diez Años, merece todavía un estudio más pormenorizado y global a la vez. El problema estriba tanto en el porqué de tanta demora en la adopción de aquellas ideas y prácticas, como en el porqué de la acogida de estas por la generación del 68. ¿En qué la Cuba del 68 sería comparable con la Francia del 89? Más allá de las evidentes diferencias estructurales, sociales y políticas, se impone a la mente la no menos evidente aspiración de los elementos burgueses de la generación del 68 (la cual va del viejo Céspedes al bisoño Zambrana) a combatir la tiranía de la monarquía, las trabas económicas y fiscales, la esclavitud, y a *promover y organizar de por sí la Nación*, creando un nuevo orden. Aspiran no sólo a separarse de la Metrópoli colonial, sino también a transformar la sociedad según formas y conceptos democrático-burgueses. Y en su anhelo de reconstrucción, su democratismo se nutre de Rousseau⁹ y su republicanismo se inspira tanto en el modelo jacobino francés como en el modelo constitucional norteamericano.

Esta subversión del Antiguo Régimen que estalla en octubre de 1868 se había gestado en la crisis del sistema colonial español, de manifiesto a partir de 1865 y agudizada desde 1867. El joven Martí la sufrió, preadolescente, en la familia, en sus dimensiones económicas y morales, y en el colegio, en su dimensión intelectual. Rafael María de Mendive y los demás maestros de la Escuela Municipal de Varones y del Colegio San Pablo, en La Habana, constituyeron para él el primer ambiente liberal criollo en el que, mediante lecturas y discusiones, florecían reminiscencias de Rousseau y del espíritu de la Revolución Francesa. Sin embargo, en Madrid y Zaragoza, en México y Guatemala, y en París, es donde José Martí, con su alma rebelde y su sed de conocimientos, se acerca más, creemos, a la historia de la Revolución Francesa, empapándose de ella, o mejor dicho, de lo que se solía valorar de ella en los medios intelectuales capitalinos.

En España la caída de la monarquía isabelina y el nacimiento de la primera república, en 1873, remitieron obligadamente a lo anteriormente acontecido allende los Pirineos. En México la Reforma,

3 La geografía y el papel de esas logias en la primera mitad del siglo XIX, siguen siendo bastante oscuros. Es de desear que en el desarrollo futuro de las investigaciones históricas franco-cubanas, ese campo sea trabajado en común: su naturaleza lo requiere.

4 *El Sábalo todo o el Robespierre Habanero* se publicó en La Habana en 1821. No se conocen más que tres números del mismo, aunque tuvo más, ya que Llaverrías reprodujo la primera plana del nov 7 en su *Contribución a la historia de la prensa periódica* (La Habana, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, 1957, t. I). Su contenido, que no corresponde a lo que el título promete, ha sido analizado por la profesora Lurdes de Cen Campos en su tesis doctoral: *La repercusión de las ideas de la Revolución Francesa en la prensa criolla del siglo XIX, períodos 1811/1815 y 1820/1823*, La Habana, 1987.

Puede considerarse *El Robespierre Habanero* como el hermano menor de *El Robespierre Madrileño*, hijos ambos de *El Robespierre Español*, publicado en la Isla de Cádiz (León) en 1811.

5 Véase el trabajo de Francisco Ponte Domínguez: *La huella francesa en la Historia de Cuba*, La Habana, Academia de la Historia de Cuba, 1948, p. 82-86 en particular.

6 Según la autobiografía inédita de Candelaria Figueredo, reproducida en el libro de Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, *Las banderas de Yara y Bayamo*, París, 1929, p. 45.

7 Carta del presidente Carlos Manuel de Céspedes al Gobierno Provisional de la República francesa, del 5 de noviembre de 1870. En Carlos Manuel de Céspedes: *Escritos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974, t. II, p. 71.

8 Carta del brigadier Guillermo Moncada al presidente del Gobierno Provisional, Manuel Calvar, Baraguá, 16 de mayo de 1878, en Enrique Collazo: *Cuba heroica*, La Habana, Imprenta La Mercantil, 1912, p. 144.

9 Las obras de Rousseau estaban en la mayoría de las bibliotecas, las cuales comprendían, en proporción asombrosa, obras en francés. Véase, por ejemplo, en Mary Cruz: *El Mayor*, La Habana, UNEAC, 1972, p. 147, la reseña del registro que se hizo de los liberos de la casa de Ignacio Agramonte, en Camagüey, en 1869: entre los libros embargados doce tomos de Rousseau.

amortiguada pero viva en el lerdismo, seguía orientada por hombres cuyo pensamiento político algo debía a la Francia revolucionaria.¹⁰ En Guatemala donde se vivía un movimiento reformador, Martí fue llamado a escribir y enseñar sobre temas de historia nacional, historia de la filosofía y literatura universal, incluyendo en esta ante todo la francesa.

En Francia, por fin los acontecimientos posteriores al desastre de Sedán plantearon durante años —todavía no pretéritos cuando el proscrito cubano efectuaba sus breves estancias de 1874 y de 1879—¹¹ el restablecimiento de una continuidad histórica republicana interrumpida por los golpes bonapartistas del 18 de Brumario y del 2 de Diciembre. A través del prisma de las peleas y dificultades de afianzamiento de la Tercera República, es como Martí valora “aquella época terrible y admirable” (expresión suya de 1881) que empezó con la toma de la Bastilla y culminó en tiempos de la Convención, al ser proclamada la Primera República.

Diversas reflexiones aisladas en torno a la Revolución Francesa, salpican los escritos de su fase liberal, desde las columnas de la *Revista Universal* (1875-1876) hasta las de *La Opinión Nacional* (1881-1882). Luego con motivo de la instalación e inauguración en las aguas de Nueva York de la Estatua de la Libertad, ofrecida por Francia, en 1886, y con motivo de la Exposición Internacional de París, en 1889, que coincide con la celebración del primer centenario de la Revolución Francesa, al periodista Martí, ahora desterrado en los Estados Unidos, se le brindan nuevas oportunidades de recordar y enjuiciar el magno acontecimiento. Ya lo hará con su visión crítica del liberalismo, con la radicalidad de su madurez revolucionaria, y con un espíritu entregado a la búsqueda de la autocracia americana, así sintetizada por él: “¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!”¹²

Teniendo en cuenta esas circunstancias mediatizadoras y esa evolución, apreciable en todos los aspectos de su pensamiento político-social, podemos tratar de organizar en torno a unas ideas matrices lo que de la Revolución del 89 Martí admiró o rechazó, recogió y capitalizó sin reservas o con matices.

LA NECESIDAD DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

A mediados del 70 como a finales del 80, José Martí postula como históricamente necesaria la Revolución Francesa. Necesaria en el sentido que la situación impuesta al pueblo de Francia por el régimen

monárquico, la nobleza y el alto clero había llegado a ser tan insoportable que sólo era posible pensar en cambiarla; y no había manera de resolver esa situación fuera del recurso de la violencia. Causada por una explotación despiadada, una miseria endémica, una tiranía feroz, la Revolución no podía ser sino enconada y excesiva, porque en Francia, según él, “a la exageración del dominio corresponde la exageración de la rebeldía”¹³ y “porque las grandes cóleras vienen de los grandes agravios, como en Santo Domingo, del esclavo agraviado”.¹⁴

Necesaria también, en el sentido que hacía falta ese cambio violento, “el más hondo trastorno que recuerdan aterrados los siglos”,¹⁵ para que al final progresara y se elevara la humanidad. “La Revolución”, escribió resumiendo una obra de la viuda de Jules Michelet, “que parece que con un brazo colosal sacude al mundo, lo alza y lo deja, en la montaña que remata en la síntesis eterna, en un lugar más alto que el que antes de la Revolución ocupaba el mundo de los hombres.”¹⁶

Ya está convencido el revolucionario de que las tiranías no se enmiendan de por sí, de que los gobiernos opresores no conceden de por sí las reformas que quieren los pueblos; no basta con pedir la libertad ni con exigirla, hay que conquistarla, arrebatarla, defenderla. Esta ley es general, a su parecer. Vale para la España alfoncina como valió para la Francia borbónica y como valdrá para la Rusia zarista: “si la monarquía no hace una revolución, la revolución deshará la monarquía.”¹⁷ Frente al poder colonial español obtuso, Martí sostiene este derecho, que es el mismo derecho natural que pusieron en práctica los “sans-culotte” del 89 al asaltar la Bastilla y los del 92 las Tullerías, o sea, el derecho de resistencia ante la opresión, consagrado ya en el artículo 2 de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano del 26 de agosto de 1789, y convertido rotundamente en un deber de insurrección contra la tiranía en la Declaración jacobina de junio de 1793.

Para el cubano, la Revolución Francesa ha sido obra de “la gente de trabajo” (“hombres de trabajo”, “trabajadores”, “los que trabajan en el campo y la ciudad”, apunta igualmente), claramente opuestos por sus modos de vivir y sentir y por sus intereses, a los reyes, los nobles, los “caballeros de pluma blanca”, “los holgazanes”.¹⁸

No nos sorprenderá, bajo la pluma brillante y abundante de Martí, esta caracterización sencilla y somera de los antagonismos de clase. Nótese que dichas expresiones proceden del periódico que él redactó para los niños de América en 1889. Además corresponden a

13 J.M.: “Una visita a la exposición de Bellas Artes”, O.C., t. 6, p. 394.
14 J.M.: “Saludo”, O.C., t. 4, p. 344.

15 J.M.: *Guatemala*, O.C., t. 7, p. 146.
16 J.M.: “Sección constante”, O.C., t. 23, p. 272.

17 J.M.: “Pushkin”, O.C., t. 15, p. 416.
18 J.M.: “La Exposición de París”, en *La Edad de Oro*, O.C., t. 18, p. 406.

10 Ver Jacqueline Covo: *Las ideas de la Reforma en México (1855-1861)*, México, UNAM, 1983, p. 80-83, en particular.

11 Sobre estas estancias furtivas, escribimos una noticia que, bajo el título de “Algo nuevo sobre José Martí en Francia”, se publicó en el *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, La Habana, nº 2, 1979, p. 377-379. Traía poca novedad.

12 José Martí: Discurso pronunciado en honor de Simón Bolívar el 28 de octubre de 1893, en *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 8, p. 244. [En lo sucesivo, las referencias en textos de José Martí, remiten a esta edición, representada en las iniciales O.C., y, por ello sólo se indicará tomo y paginación. (N. de la R.)]

los conceptos de que se valía al analizar los elementos antagónicos de la sociedad cubana, en la que solía oponer la masa sana y pujante del pueblo laborioso al "viejo señorío" apegado a sus privilegios; y son los mismos conceptos que usaba en sus *Escenas norteamericanas* al comprobar allí la acumulación creciente de la riqueza y de la miseria en los dos polos opuestos de la sociedad, generatriz ante sus ojos de una agudización del "odio de clases" y de una inminente "guerra social".

Sin embargo, la significación primera de la Revolución del 89 no es, para él, económica ni social. Es un aspecto que subraya apenas, como si no trascendiese el marco nacional francés o a lo sumo el marco del Viejo Mundo. Su significación es ante todo espiritual y política: es, en su universalidad, la Revolución de la Libertad.

LA REVOLUCIÓN DE LA LIBERTAD

Contra la arbitrariedad y el despotismo, para el derecho del hombre a pensar y actuar libremente, se hizo, según Martí, esta Revolución. "Francia", comentó, "fue el pueblo bravo, el pueblo que se levantó en defensa de los hombres, el pueblo que le quitó al rey el poder."¹⁹

Como los hombres que se alzaron en 1868, como los pueblos sojuzgados que supieron de la existencia y alcance de lo ocurrido en 1789, como los poetas renovadores de Hispanoamérica (Rubén Darío, Gutiérrez Nájera), como muchos de sus coetáneos progresistas o meramente liberales, Martí ve en la Revolución Francesa la de la Libertad, en el tricolor su símbolo y en *La marsellesa*, su himno del que, huelga decirlo, se inspiraban, en el título mismo. *La bayamesa* y *La borinquena*.

En *La Edad de Oro*, con fines pedagógicos y cívicos evidentes, relaciona muy estrechamente las condiciones de los franceses, antes del 89, cuando eran reducidos a ser "como animales de carga, sin poder hablar, ni pensar, ni creer" y las condiciones de la masa india, negra y hasta criolla de la América española, antes de la Libertad, cuando "no se podía ser honrado, ni pensar ni hablar", consistiendo esta libertad en "el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía."²⁰

Pero esta libertad, a duras penas conseguida, se convirtió pronto en su contrario. Napoleón es, para Martí, el liberticida por excelencia, por haber tratado de invadir y someter por las armas a los pueblos vecinos de Francia. Entre las múltiples referencias a Na-

19 *Ibidem*.

20 J.M.: "Tres héroes, en *La Edad de Oro*, O.C., t. 18, p. 304. Se observará que en esta definición de la libertad (hay otras muchas, complementarias, en su obra) José Martí introduce un concepto ausente de la definición, bastante formal, adoptada por la Declaración francesa del 89: el decoro. Al evocar el objetivo fundamental de la república democrática cubana, que ha de hacer de la guerra de independencia ya próxima, Martí expondrá en el discurso pronunciado en el Liceo Cubano de Tampa, de 26 de noviembre de 1891, que su deseo es que "la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre".

poleón que su obra escrita brinda al lector, no hay ninguna que rescate en algo al Emperador, tan fuerte fue en su retina la impresión que dejó el espectáculo, en la basilica de los Inválidos, de las banderas arrancadas a los pueblos europeos humillados. No se le ocurre diferenciar a Bonaparte de Napoleón: fueron uno en la ambición. Así que Martí no admite ninguna indulgencia para el traidor —que no el continuador— de la Revolución Francesa, tildado de "Corso vil", de "Bonaparte infame" y de otros implacables nombres.²¹

Con semejantes inectivas —nada corrientes en su juicio acerca de los hombres— ¡cuán lejos estamos de la admiración ciega que sintieron por el glorioso Emperador, en aquellos años, el joven Rafael Montoro, futuro portavoz de los hacendados criollos autonomistas, para quien Napoleón era "el insigne hijo de Córcega",²² y en este siglo, durante el gobierno de Fulgencio Batista, el hacendado más pudiente de Cuba, ese Julio Lobo que reunió la colección del presente Museo Napoleónico! Como escribiera entonces Rafael María Merchán "la soberanía es primero que la libertad".²³ Tal era también la opinión de Martí, nunca partidario, ni siquiera tratándose de una expedición libertadora, de exportar la Revolución y de imponer la libertad desde fuera.

Con todo, y por defensor acérrimo que sea de la libertad en todas sus manifestaciones, Martí no se deja embaucar. A medida que va experimentando, en el decenio del 80, la "libertad" en los Estados Unidos, se da cuenta de que lo que importa para el hombre no es que la invoquen, sino que la pongan en práctica. Y empieza a oponer a la libertad pregonada, teórica y parcial, una libertad real, sin restricciones ni exclusiones. En ese camino exigente, el día en que establece un breve paralelo entre los pueblos norteamericano y francés según el concepto que abrigan de la libertad, será obvia su preferencia por la libertad "generosa y expansiva" que dimana de Francia, en detrimento de la libertad "egoísta e interesada" cultivada en los Estados Unidos.²⁴ En 1891, profundiza su reflexión y pone en tela de juicio la misma libertad que proclaman los frontispicios oficiales y de la que se vanaglorian los heraldos de la burguesía francesa, prefiriendo una libertad más vital y efectiva. "Con esta libertad real y pujante", explica en Tampa, en un discurso famoso, "que sólo puede pecar por la falta de la cultura que es fácil poner

21 Encuéntrense estos calificativos en su poema "En torno al mármol rojo...", en *Versos libres*, O.C., t. 16, p. 220-221.

22 La Biblioteca Nacional José Martí conserva, entre los manuscritos de Rafael Montoro, el texto de su primera conferencia en el Ateneo de Madrid (10 de marzo de 1877), la cual tuvo por tema "La Revolución Francesa y sus historiadores". Allí viene en la página 58 del cuaderno la expresión que recogimos. Queremos que conste que el investigador Ibrahim Hitaigo fue quien nos señaló amistosamente este documento. La interpretación de Montoro está basada en la concepción hegeliana de la Historia.

23 La cita completa es la siguiente: "Sólo la Francia revolucionaria quiso con amor platónico llevar la libertad a otros pueblos, pero eso fue una magnanimidad sin ocasión, porque tomó las vías tenebrosas de la violencia, y la soberanía es primero que la libertad". Extraído de un estudio de 1894 reproducido en Rafael María Merchán, en *Patria y Cultura*, La Habana, 1948, p. 131.

24 J.M.: "Fiestas de la Estatua de la Libertad", O.C., t. II, p. 102.

en ella, han de contar más los políticos de carne y hueso que con esa libertad de aficionados que aprenden en los catecismos de Francia o de Inglaterra los políticos de papel.³⁵

Como se puede apreciar, ya Martí ha comprendido que la libertad, más que un dogma venerado o un ideal inasequible, es un ímpetu vivo y una lucha permanente; que la libertad recetada e importada, aunque venga con el aura de la Revolución Francesa, no correspondía al estado y a las urgencias de su Isla y de su Continente, sentenciando al respecto que "con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india".³⁶ Ha comprendido que la misma libertad conquistada en Francia en 1789, representaba sólo una etapa en la liberación del hombre. De ahí la discreta pero innegable reserva que incluyó en su valoración de la Revolución Francesa en *La Edad de Oro*, y sobre la cual Luis Toledo Sande llamó la atención:³⁷ "Ni en Francia, ni en ningún otro país han vuelto los hombres a ser tan esclavos como antes."³⁸ O sea, que aún, en 1889, eran esclavos los hombres, a pesar de los cambios introducidos por la Revolución Francesa en el mundo entero. En el mismo artículo puede observarse otra expresión limitativa ("fue como si", p. 406) cuyo uso le sirve al prosista escrupuloso para matizar el alcance de la Revolución en materia de libertad.

Es probable que la índole historicista del pensar martiano, la riqueza y la evolución de sus concepciones de la Historia —estudiadas recientemente por Julio Le Riverend—,³⁹ le hayan permitido enjuiciar al final, en toda su grandeza pero con toda su relatividad, el conjunto de acontecimientos complejos que a la vez celebramos sin vacilaciones y estudiamos con espíritu crítico.

LA REVOLUCIÓN DEL TERROR

Como no fue un historiador, José Martí no podía escapar, por lo menos hasta mediados de los 80, a la visión imperante de la Revolución Francesa tanto en Francia como en los países en que vivió y estudió. Era la imagen de una revolución manchada por los excesos demagógicos y el furor destructor de unos jefes desalmados y de una plebe bruta. Y téngase presente que aún hoy día, en 1989, no hay calle ni plaza de París que ostente el nombre de Maximiliano Robespierre...

Interpretado, a lo mejor, según el *Quatrevingt-Treize* del gran Hugo idolatrado (publicado precisamente el año en que Martí des-

cribía París), el año 1793 simbolizaba generalmente la desunión de los revolucionarios enloquecidos, descollando entre ellos un visionario fanático: Jean-Paul Marat. De este diría Martí: "Quiso ser monstruo, y llegó a serlo: fue lo grosero y lo espantoso."⁴⁰ Al lado del monstruo y objeto de similar reprobación asomaban, sin que pareciera un atisbo de mayor comprensión, Saint-Just "con su palabra temible", Robespierre, Danton, Desmoullins, Chaumette, Fouquier-Tinville, et al. En el enfrentamiento fatal de Carlota Corday con Marat, se inclinaba el cubano por "la expresión de la libertad pura" (la asesina) y no por "el predicador de la libertad feroz".⁴¹

De manera más general, Martí estimó que los "poéticos e infornados girondinos"⁴² sacrificados en 1793 siendo Vergniaud el arquetipo de ellos, representaron la corriente más pura y más equibrada, y no los intransigentes montañeses. Planteó tempranamente que el triunfo de los girondinos —símbolo de moderación y paz hubiera acarreado el adelanto continuo de Francia: "La conciliación", decía él entonces, "es la ventura de los pueblos." Y ratificaba: "El amor de Vergniaud hubiera salvado a Francia."⁴³

Sin embargo, debe llamar la atención el que Martí no hubiera cubierto de infamia a Robespierre, a Saint-Just y demás revolucionarios, como no mezcló tampoco su voz con la de los furibundos adversarios de la Comuna de París de 1871. Más aún, ya en 1876, juzgando el Terror con la visión de Michelet y de Hugo, opinaba que Marat fue "lógico: siglos de esclavitud habían de echar de su seno de cadenas un hombre semejante"; que "cuando la patria era una hoguera, un pensamiento no podía ser un raciocinio. Era una llama, y debía serlo: quemaba con la Montaña, e iluminaba con la Fronda [sic]. La Gironda era el cielo azul, y la Montaña la nube preñada de tormentas: verdad que había en la nube vapor de siglos de oprobio [...]"⁴⁴

A fines de 1887, cuando la prensa norteamericana desencadenada contra los dirigentes obreros anarquistas, compara a Spies con Robespierre, a Engel con Marat, a Parsons con Danton, cuando él, Martí, comprende que la causa de la inconformidad y rabia de estos hombres está en la injusticia profunda de la sociedad norteamericana, entonces exclama: "¡crece otro mundo!; como en el Sinaí, entre truenos: como en el Noventa y Tres, de un mar de sangre."⁴⁵ Ya en 1894 reconoce en la rabia de los secuaces de Marat "un huevo de

30 J.M.: "Una visita a la exposición de Bellas Artes", O.C., t. 6, p. 396. Nótese la fecha temprana de ese juicio: refleja la opinión corriente en los medios liberales que frecuentaba en la capital mexicana.

31 *Ibidem*.

32 J.M.: "Noticias de Francia", O.C., t. 14, p. 178. En el mismo periódico, en otra oportunidad, el 24 de marzo de 1882, distinguirá "la noble Gironda" de "la tremenda Montaña". Véase la "Sección constante", en O.C., t. 23, p. 239.

33 J.M.: "Una visita a la Exposición de Bellas Artes", O.C., t. 6, p. 395.

34 *Ibidem*. Donde dice "Fronda" pensamos que sea una errata por "Gironda". Lo exige el balanceo de las frases y el contexto histórico. La Fronda fue el nombre que recibió en pleno siglo XVII una "revolución" parisiense.

35 J.M.: "Un drama terrible", O.C., t. 11, p. 338.

25 J.M.: Discurso en el Liceo Cubano de Tampa, del 26 de noviembre de 1891, O.C., t. 4, p. 275.

26 J.M.: "Nuestra América", O.C., t. 6, p. 17.

27 Luis Toledo Sande: "Pensamiento y combate en la concepción martiana de la historia" en *Ideología y práctica en José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Marianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1982, p. 269.

28 J.M.: "La Exposición de París", en *La Edad de Oro*, O.C., t. 18, p. 408. El subrayado es de P.E.

29 Julio Le Riverend: "Martí en la historia. Martí historiador", en *Universidad de La Habana*, n. 226, 1985, p. 7-17.

justicia",³⁶ y el que había celebrado en su juventud la "conciliación" como principio normativo, acaba por alabar la necesaria rebeldía del hombre: "Las etapas de los pueblos", comenta un año antes de que estalle la guerra libertadora por él preparada, "no se cuentan por sus épocas de sometimiento infructuoso, sino por sus instantes de rebelión. Los hombres que ceden no son los que hacen a los pueblos, sino los que se rebelan."³⁷

CONSIDERACIONES FINALES

No como historiador por supuesto, sino como periodista político y pensador continental, Martí enjuició la Revolución Francesa. Le tocó evaluarla a un siglo de su surgimiento, en los años en que acababa por asentarse en Francia la república, medio-liberal, medio-conservadora, que la burguesía dominante adoptaba tras haber ensayado otras fórmulas institucionales (la monarquía constitucional y el imperio bonapartista) y haber aplastado la república social que las revoluciones populares de 1848, y sobre todo de 1871, habían puesto a la orden del día. Es verdad que fue necesario que transcurriera casi un siglo de historia densa para establecerla, amenazada todavía, tras la derrota de la Comuna, por una nueva restauración borbónica, luego por la ambigua postura del mariscal Mac Mahon, y hasta por la ambición del general Boulanger (¡en el mismo año del centenario!)

A Martí le importaba juzgar la Revolución Francesa en sus efectos y consecuencias duraderas y universales. "Francia", escribe en 1882, "realiza denodada y serena ese tránsito grave de aquel mundo en que los hombres servían torpe y mansamente a un ser privilegiado, a este mundo nuestro en que los hombres se ennoblecen por el ejercicio y el gobierno de sí mismos."³⁸ ¿No será esa una manera de abarcar "en la larga duración" —como le gusta a cierta escuela histórica francesa enfocar las cosas— las grandes tendencias de la evolución social? ¿No será un anticipo sorprendente de la interpretación allanadora propuesta hoy día por ciertos historiadores de la Revolución Francesa, muy mimados por cierto en los medios nacionales de comunicación, y en particular por el profesor Furet con su "Revolución, desde Turgot hasta Jules Ferry, 1770-1880"³⁹

José Martí ha escrito muy poco sobre la Revolución Francesa —menos que los ideólogos del autonomismo— para pensar en equivarlo con historiadores profesionales de otro siglo y con otras intenciones. Bien se sabe en qué campo se ubicó, teórica y prácticamente, en el debate "Evolución o Revolución", el fundador del

Partido Revolucionario Cubano. Además, tres rasgos esenciales de su pensamiento impiden tal aproximación.

Primero, para Martí, el desarrollo altamente positivo de la sociedad francesa a un siglo de la Revolución del 89, no hubiera sido posible sin esta. Es ilusorio creer que pudiera prescindirse de ella y que pudieran evitarse las ejecuciones que engendró, tan inaguantables eran la miseria, la injusticia, el autoritarismo del poder real y la soberbia de los privilegiados.

Segundo, para Martí, aquella Revolución no ha sido —no podía serlo— ni completa ni perfecta, resultando de ello que una nueva revolución será algún día necesaria para el triunfo de la libertad fundada en la justicia y el decoro. Esta es la perspectiva que parece entrever cuando evoca los días posteriores a la independencia y prevé que "juntos [con Fermín Valdés Domínguez], probablemente, moriremos en el combate necesario para la conquista de la libertad, o en la pelea que con los justos y desdichados del mundo se ha de mantener contra los soberbios para asegurarla".⁴⁰

Tercero, para Martí, si resulta universal el alcance e influjo de la Revolución Francesa, no se debe pensar, por lo tanto, en que su reproducción o su imitación sería la panacea para los problemas de las sociedades latinoamericanas. Pertencen a otro mundo con problemas peculiares distintos de los de las sociedades europeas. Requieren vías revolucionarias específicas, nacidas del propio Continente. El 89 francés, como el 76 norteamericano, alumbran esas vías pero no las trazan. "Las levitas son todavía de Francia", notaba en 1891, "pero el pensamiento empieza a ser de América", y advertía: "Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas."⁴¹

36 J.M.: Carta a Fermín Valdés Domínguez, de [mayo de 1894], O.C., t. 3, p. 168.

37 J.M.: Discurso en honor de Fermín Valdés Domínguez, Nueva York, 24 de febrero de 1894, O.C., t. 4, p. 324.

38 J.M.: "Francia. Elecciones de senadores", O.C., t. 14, p. 355.

39 François Furet: *La Révolution, de Turgot a Jules Ferry, 1770-1880*, Paris, Hachette, 1988.

40 J.M.: Discurso en honor de Fermín Valdés Domínguez, Nueva York, 24 de febrero de 1894, O.C., t. 4, p. 325.

41 J.M.: "Nuestra América", O.C., t. 6, p. 20 y 18, respectivamente.